

La escuela y sus emociones en la memoria de Jesús Solís de la Torre (1947-1958)

The school and its emotions in the memory of Jesús Solís de la Torre (1947-1958)

Oliva Solís Hernández

RESUMEN

La escuela es un espacio donde no solo se aprenden conocimientos, sino también se comparten subjetividades y se construyen emociones en un proceso de interacción complejo que forma parte de lo que se ha denominado como *cultura escolar* (Escolano, 2022). Ahí entran en juego saberes, prácticas, dispositivos disciplinares, códigos morales, deseos y aspiraciones, materiales y espacios que, en acción, producen, reproducen, legitiman o sancionan conductas y afectos, los cuales sirven para orientar la acción social. Asumiendo lo anterior, en este trabajo nos preguntamos: ¿Qué tipo de emociones produjo en el estudiante la escuela a través de sus espacios, maestros, libros, materiales, etc.? Para responder a lo anterior recuperamos la memoria de J. Jesús Solís de la Torre, quien fue estudiante en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pretérito. A través de la entrevista en profundidad, indagamos en su pasado para recuperar una parte (la infancia) y un aspecto (el escolar). A partir de lo que él recuerda y significa, identificamos las emociones, tanto positivas como negativas, para tratar de dar cuenta del papel que estas jugaron en su formación como persona.

Palabras clave: Educación, emociones, memoria, cultura escolar, Jesús Solís de la Torre.

ABSTRACT

The school is a space where not only knowledge is learned, but also where subjectivities are shared and emotions are built in a complex interaction process that is part of what has been called *school culture* (Escolano, 2022). There, knowledge, practices, disciplinary devices, moral codes, desires and aspirations, materials and spaces come into play that, in action, produce, reproduce, legitimize or sanction behaviors and affections, which serve to guide social action. Assuming the above, in this work we ask ourselves what kind of emotions did the school produce in the student through its spaces, teachers, books, materials, etc.? How are those emotions from the past remembered and told in the present? To answer the above, we intend to recover the memory of J. Jesús Solís de la Torre, who was a student in the forties and fifties of the last century. Through an in-depth interview, we investigate his past to recover a part (childhood) and an aspect (school). From what he remembers and means, we identify the emotions, both positive and negative, to try to account for the role they played in his formation as a person.

Keywords: Education, emotions, memory, school culture, Jesús Solís de la Torre.

Oliva Solís Hernández. Universidad Autónoma de Querétaro, México. Es Licenciada y Maestra en Filosofía por la UAQ, Maestra en Estudios Humanísticos con especialidad en Historia por el Tec de Monterrey, Doctora en Administración por la UAQ y Posdoctora en Género por la UCES de Argentina. Perfil deseable PRODEP y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel I. Sus líneas de investigación giran en torno a la historia de las mujeres con perspectiva de género, historia de la prensa, historia de la vida cotidiana e historia regional de Querétaro. Correo electrónico: osolish2@hotmail.com. ID: <https://orcid.org/0000-0002-3402-4735>.

Introducción

Mariano Chóliz (2005) define las emociones como “una experiencia afectiva en cierta medida agradable o desagradable, que supone una cualidad fenomenológica característica y que compromete tres sistemas de respuesta: cognitivo-subjetivo, conductual-expresivo y fisiológico-adaptativo” (p. 4). Las emociones, dice Chóliz, son producidas y producen, las aprendemos socialmente y las reproducimos en ciertos contextos, lo cual nos permite responder a una serie de condiciones sociales. Las emociones tienen una doble naturaleza: por un lado, es algo que se siente en el interior de la persona, pero al mismo tiempo, esa sensación se actúa, lo que permite orientar a los otros en sus conductas frente a los demás.

En el campo de la educación, Escolano (2022), desde la historia cultural de la educación, es uno de los investigadores que más ha indagado sobre las emociones como parte de la cultura escolar. El autor distingue cuatro tipos de culturas: empírica, referida al conjunto de prácticas creadas o adoptadas por los docentes para regular la enseñanza; académica, ligada al desarrollo del conocimiento experto expresado en teorías; política, ligada a las normas, dispositivos de gobierno y de control, que refieren a la escuela como organización, y la cultura afectiva (Escolano, 2018), que da cuenta del papel de las emociones en la cultura escolar.

Escolano (2018) señala que las emociones, en su parte expresiva conductual, son el resultado de procesos de socialización a través de los cuales se pone en práctica la microfísica del poder. Como parte de la cultura escolar, se ha recurrido al uso de premios y castigos, de materiales y espacios que pueden remitir a las emociones que se produjeron en el pasado, destacando la función disciplinadora al regular la conducta para motivar o inhibir ciertas prácticas. Esta pedagogía puede ser vista desde diversos lugares: por un lado, los métodos y materiales utilizados por la escuela y los docentes para formar a las infancias en un determinado modelo; por otro, las subjetividades de los docentes al aplicar los métodos y materiales en sujetos particulares y, finalmente, las emociones que esas prácticas produjeron en los estudiantes y cómo influyeron en su escolarización y en su vida, que es la faceta que nosotros abordaremos.

En este trabajo recuperamos la memoria de J. Jesús Solís de la Torre, quien fue estudiante en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Las preguntas que guiaron la conversación fueron: ¿qué tipo de emociones produjo en el estudiante la escuela a través de sus espacios, maestros, libros y materiales?, ¿cómo esas emociones son rememoradas y contadas en el presente?

Activar la memoria es parte de un proceso de recuperación del yo, lo cual haremos a través de la entrevista en profundidad,¹ entendida como un proceso dialéctico, producido en una atmósfera conversacional, a través de la cual podemos recuperar la subjetividad de la persona (De Garay, 1999). En este ambiente, se recuerda y cuenta lo vivido, no necesariamente como fue en realidad, sino como la persona lo rememora,

¹ Las entrevistas se realizaron durante los días 3, 10, 17 y 23 de julio del 2022, en la casa del entrevistado, en un contexto de tranquilidad. Las entrevistas fueron grabadas, previo consentimiento.

de ahí que, más que la verdad, la indagación es sobre la vivencia, que nos remite el aspecto fenomenológico propuesto por Chóliz (2005).

El trabajo está estructurado en dos partes: en la primera esbozamos la trayectoria escolar de Jesús Solís de la Torre, desde las escuelas de *amigas* hasta su salida de la Escuela Apostólica. En la segunda damos cuenta de las emociones que aparecieron en su narrativa, destacando aquellas positivas, felicitarias, de las negativas o tristes, y de cómo ello incidió en su formación como persona.

J. Jesús Solís de la Torre, de las *amigas* a la escuela apostólica

J. Jesús Antonio Solís de la Torre nació el 28 de septiembre de 1942 en Colón, Qro., hijo de Antonio Solís Flores, originario de la ciudad de Querétaro, y Ester de la Torre Cabrera, originaria de Colón. Antonio llegó a Colón como parte de la familia del cura Domingo Solís, empleándose como administrador en la Hacienda de El Gallo. Durante sus visitas al pueblo, se prendó de Ester y, después de un breve noviazgo, contrajeron matrimonio en diciembre de 1941.

La iniciación de J. Jesús Antonio a las letras fue en lo que podríamos llamar *amigas*,

...primero con Pachita Gutiérrez, con algunos vecinos y vecinas [...] Luego se enfermó de polio un niño [...] ahí se murió. Ahí lo velaron. Por eso ya no nos llevaron con Pachita. Entonces nos llevaron con Jovita Granados [...] con ella seguimos, hasta que se enfermó de los fríos y se murió. Yo recuerdo cómo le daban las convulsiones de los fríos. Entonces nos quedamos sin estas dos primeras que nos enseñaron las primeras letras, con el silabario de San Miguel [...] Ya después se abrió la escuela con el profesor Saúl Cabrera [...]. Ahí teníamos nuestros grupos, nuestros salones. Me acuerdo cuando estaba aprendiendo los números [J. Solís, comunicación personal, 3 de julio del 2022].

Sin embargo, esta educación pronto se interrumpió. Su padre decidió que iría a la escuela en Querétaro. Lo inscribió en el Centro Educativo, con el profesor Corona. Jesús recuerda que “no sabía qué onda”. Como su abuelita se había regresado a vivir a Querétaro con sus tías, entonces no sentía problema. “Ahí estuve con mi abuelita y mis tías, que me tenían muy cariñosamente en su casa”. Él estaba muy tranquilo. Lo llevaban todos los días a la escuela, aunque sentía extrañeza porque había muchos niños que se iban solos y él tenía que esperar a que fueran por él.

Ya en la escuela se sentía algo extraño, pero de todas maneras, “ahí me insertaba yo”. Dice rememorando aquellos tiempos:

Vamos al recreo, “ahora vamos a la lucha libre”, ¿qué será eso?, “pues tú éntrale”. “Ahí va, te vamos a poner la llave”, y ahí voy yo, sin saber ni qué era eso [entre risas]. El ring era una fosa de unos tres o cuatro metros por lado, llena de aserrín, como de treinta centímetros de profundidad. Ahí nos dábamos nuestros costalazos, nuestras maromas.

Ahora vamos a jugar futbol, ahí anda este hombre, escuinle, en lo que llegaban por él sus tías, a meterse a jugar con los de sexto (y yo estaba en primero). Una vez me pegaron un balonazo que me quedé ahí sentado, con los gajos marcados. Eran balones de aquellos de gajos, de cuero cosido [...] Ya luego llegó mi tía María: “Saquen de ahí a ese chamaco que se anda metiendo ahí con los grandes”. Entendí que cada equipo con su equipo [J. Solís, comunicación personal, 3 de julio del 2022].

En el Centro Educativo cursó primer y segundo años de primaria. Sus padres, producto del abatimiento económico que vivió la entidad en la década de los cuarenta, habían emigrado a la Ciudad de México. En ese contexto, dice Jesús:

Luego vino mi tía Lupe Vázquez, que había ido a México. Se trajo a mi hermano Salvador. Dijo que iba a venir mi tía Cirita, por si me quería ir con ella. Y efectivamente, vino mi tía Cirita y me fui con ella. Y ya estando en México les dije que ya no quería regresar a Querétaro. Nadie me contradijo, pero entonces hubo que buscar escuela. Y ya me inscribieron en el Instituto Centro América de los Salesianos, que estaba en Huipulco [J. Solís, comunicación personal, 3 de julio del 2022].

Los primeros días los llevó su papá a subirse al tranvía y los acompañó en el recorrido para que supieran dónde subir y bajar. Vivían en la calle Asturias, caminaban unas cuatro cuadras hasta la Calzada de Tlalpan. Ahí tomaban el tranvía. Iban Sergio Carrillo, Pablo Morales, Enrique Bulnes y él. Todos eran de la colonia Álamos. Llegaban a Huipulco y atravesaban la calzada Don Bosco, que estaba poco transitada, entre casas de campo y milpas. Allá asistían a misa, les daban de desayunar y luego entraban a clases.

Estaban los salones alineados del uno al seis, con su portal. Enfrente del portal, viendo al oriente, estaban las canchas [...], era muy amplio, ahí nos dábamos vuelo jugando. Sentía muy distinto porque ahora, en lugar de ir con mis tías iba con mis compañeros, y en lugar de caminar dos o tres cuadras, pues iba buen rato arriba del tranvía, y en el trayecto íbamos viendo y oyendo de todo, sobre todo que los tranvías de Xochimilco llevaban personas hablando en náhuatl, y llevaban hortalizas, flores, eso cuando iban de Xochimilco hacia el centro, y otras mercancías al ir de regreso. [...] Ahí fue muy distinto. Uno adquiere otros conocimientos, otras experiencias, otros sustos y otros gustos, muy diferentes a los de acá de Querétaro [J. Solís, comunicación personal, 10 de julio del 2022].

“Pero en algo fui decayendo”, sigue recordando Jesús. “Si con el profesor Erasmo Espejel Barrera salí bien, con el profesor Federico Villalobos sí me falló, porque, ¿cómo es que mi papá decidió mandarme con el padre Borja?” (J. Solís, 2022, comunicación personal, 10 de julio del 2022). Eso fue en los años 1951 y 1952. Luego explica que en ese tiempo el curso escolar era de enero a noviembre. Diciembre era el mes de las vacaciones.

En diciembre de [mil novecientos] cincuenta y dos fue mi tío José a México a traer las flores para la fiesta de la Virgen de la Concepción, en Hércules, donde el padre Domingo estaba de encargado. Mandó entonces su cochecito, un Ford treinta y ocho, y de regreso nos mandaron a mí y a mi hermano Salvador con mi abuelita y mis tías [J. Solís, comunicación personal, 10 de julio del 2022].

Recuerda todo el ajetreo de la preparación de la fiesta: la comida, los adornos, la música. Y luego la recepción de los niños del seminario, que fueron a cantar la misa.

La presencia de los niños del seminario se la pintaron como un premio por portarse bien. Ir a la fiesta y recibir reconocimiento y comida resultó muy atractivo para el niño. Entonces él preguntó cómo era la Escuela Apostólica. Su tío padre le preguntó si no quería entrar ahí, él dijo que sí porque su papá quería llevarlo con el padre Borja, el cual tenía fama de muy severo y de dar muchos golpes. Jesús le preguntó a su tío cuáles eran los castigos. El tío respondió que los amonestaban, les daban algunas lecturas, algunas oraciones, pero no pegaban. Con eso fue suficiente para que Jesús pidiera que lo inscribieran en esa escuela.

Así pues, el tío padre hizo lo necesario para inscribir al niño. La fiesta fue el día 8 y para el día 15, fecha en que iniciaba el periodo escolar, él ya estaba inscrito. Él dijo: “Ya me salvé. Para mí fue la salvación. Iba yo retecontento” (J. Solís, 2022, comunicación personal, 10 de julio del 2022). En ese entonces, la escuela estaba en la calle de Pasteur. Era una casa muy amplia, con dos patios, un jardín, una huerta, canchas. Y después de una amplia descripción de cómo estaban distribuidos los espacios, da cuenta del encementado donde podían patinar, o de la huerta donde podían subir a los árboles para comer la fruta o bajar los nidos de las avecillas, algunas de las cuales luego le enviaba a su abuelita como obsequio.

Su estancia en la Escuela Apostólica duró de 1953 hasta 1955. Ahí concluyó la primaria (aunque las clases las tomaban en la escuela de la señorita Esperanza McCormick). En 1956 se fue con los del seminario, donde cursó la secundaria (entonces su mudó a lo que había sido el convento de Teresitas, donde estaba la escuela de los jóvenes). Ahí estuvo hasta que en 1959 se accidentaron y los mandaron a sus casas a descansar.

De las emociones recordadas

Dice Graciela De Garay (1999) que, en el proceso de la entrevista, el entrevistado suele pasar por un proceso de reapropiación de su historia, lo que le permite desde el presente reflexionar sobre su pasado. Así pues, el pasado no es necesariamente como se contó, sino como el entrevistado intenta dar sentido a su vivencia.

Cuándo hablamos de la escuela, ¿qué emociones vienen a la memoria? Es una pregunta que Jesús Solís intenta responder, agradeciendo en primera instancia la pre-

gunta porque –dice– le permite recordar. Las emociones son variadas, máxime que fueron por lo menos cuatro experiencias escolares diferentes las que vivió: primero las de la primera infancia con las *amigas*, luego las del Centro Educativo, después el de los salesianos de México y, finalmente, la de la Escuela Apostólica.

Al inicio de su trayectoria escolar, las emociones son poco claras. No entiende muy bien de qué se trata, pero conforme va creciendo es más fácil ir identificando y poniendo nombre a lo que siente. La mayoría de las emociones son felicitarias, satisfactorias, aunque hay otras de extrañeza por lo desconocido, o de extrañamiento, por la lejanía.

¿Qué tipo de emociones produjo en Jesús Solís la escuela a través de sus espacios, maestros, libros y materiales?

El espacio, entendido no solo como el espacio físico, sino como el espacio social donde se verifican las interacciones (Simmel, 1927, en Salcedo, 1977), incluye los salones, comedores, capilla, canchas, patios, calles, la ciudad o el pueblo todo. Con las *amigas*, no existe un salón como tal. Es una casa particular que, en su caso, se recuerda, entre otras cosas, por el niño que ahí murió, aunque eso no le generaba a él miedo o desazón. Ya en las escuelas formales, el salón es un espacio de solemnidad donde hay reglas y códigos que observar: siéntate, párate, saluda, agradece, limpia, son parte de los códigos que hay que obedecer y por los que, si no se hace, se recibe un castigo.

Las canchas y los patios son espacios de diversión, de juego, como el ring del Centro Educativo, o como cuando se metió a jugar fútbol con los de sexto. Otros espacios felicitarios son las milpas, el huerto, las albercas, los paseos, donde, junto con sus amigos, compartían, competían o imaginaban.

Los libros que más recuerda son la *Gramática* de E. Marín y los de lectura. Llevaba el libro de *Lecturas graduadas*, de la editorial Luis Vives. De esos libros, el más presente es el de segundo año, del cual puede repetir de memoria algunas de las fábulas, historias, poesías o refranes que contenía, por ejemplo, “El congreso de ratones”, donde dilucidan quién pondrá el cascabel al gato, o la poesía de “La oración de la huérfana”, la cual recita con los ojos llenos de lágrimas y dice que le entristecía mucho, o “La música de los animales”, que recita entre risas imaginando el ambiente causado por la música de cerdos, burros, grillos y tábanos. Estas lecturas y versos las aprendió por las imágenes que causaban en su imaginación y por lo que venía en algunas ilustraciones.

Respecto de los materiales sobresale su colchón de cuando ingresó a la Escuela Apostólica. Narró cómo, el día que llegó, le pidieron a un compañero mayor que le ayudara con su colchón, pues no podía con él. Dice Jesús:

Al inicio, todo era expectación: el acomodar mis cosas, hacerme a un horario, hacer mi cama por mí mismo, ir a comer, al recreo, a rezar, pero conforme iba avanzando el día me entraba la nostalgia, extrañaba a mis tías y a mi abuelita. Había otro compañero de Hércules y él también decía que ya no aguantaba, entonces se fue. Yo me aguanté

porque me preguntaba cómo me iba a llevar el colchón. Eso fue lo que me detuvo [J. Solís, comunicación personal, 17 de julio del 2022].

Pero recordó también las libretas, la tinta, los manguillos, las pelotas, el balero o el yoyo. Se acordó de que, cuando aparecieron las “plumas atómicas”, con los cartuchos de tinta, que eran como de cobre, hacían cañoncitos, los cuales rellenaban con la pólvora de los cerillos, para jugar a la guerrita. Cuando alguno de estos cañones se rompía, pensaban en Orbón, el constructor de los cañones del sitio de Constantinopla. Recordó también sus mesabancos, de madera, y algunas revistas que leían y compartían entre los compañeros sobre acontecimientos de la historia.

Respecto de los maestros, además de las *amigas*, enumeró a varios profesores, pero destacó a la señorita Esperanza MacCormick, directora de la escuela y quien algunas veces suplía a sus maestros. Recordó también al padre Cirilito, que era muy chiquito. Él era el director del coro del Conservatorio José Guadalupe Velázquez, con quien algunas veces cantaron. Recuerda también al profesor Eduardo Loarca, con sus ocurrencias y su gordura; a Aurelio Olvera, un compañero un poco mayor, y las anécdotas ocurridas cuando iban a cantar las solemnidades de la catedral, como aquella cuando Aurelio tiró el cirio y golpeó al padre Borja: “Muchacho pendejo”, dijo el padre Borja. El señor Septién replicó: ‘Ay, señor Borja, qué mala palabra dijo. Vamos a repetir el salmo’” (J. Solís, comunicación personal, 17 de julio del 2022).

Los castigos podían variar según la gravedad de la falta. Por ejemplo, exhibiendo al alumno, negándole la palabra o incluso el castigo corporal de azotes, ponerlo en el patio, al rayo del sol, cargando piedras o cosas por el estilo, pero lo importante era “el malestar físico-emocional que le podían causar a uno” (J. Solís, comunicación personal, 17 de julio del 2022). Un momento de emoción era la distribución de premios. Los premios eran continuos, circunstanciales y finales. Los continuos eran diarios: se podían ganar o perder puntos de acuerdo a saberes o conductas. El premio circunstancial era de ocasión, por ejemplo, hacer obras buenas, o ayudar a su equipo a ganar un premio. Los premios finales eran en noviembre. “Era toda una fiesta, un acontecimiento muy grande. El acto consistía en discursos, recitaciones, canciones, todo muy bien preparado”. Entre un acto artístico “de muy agradable circunstancia” y otro, llamaban a los estudiantes a recibir el premio. El Obispo (don Marciano Tinajero) era el que entregaba los premios, rodeado de los canónigos, el rector del seminario (Ezequiel de la Isla) y los profesores, tanto sacerdotes como laicos. Todos asistían con gala: los canónigos vestidos de morado, los sacerdotes vestidos de negro, con su manto talar, y el Obispo en morado con blanco, cruz pectoral y anillo episcopal, “todo así, muy solemne”. El premiado llegaba frente al Obispo, hacía la reverencia y recibía el premio, que eran, casi siempre, libros,² un diploma³ y alguna golosina. Venía luego el premio laudatorio para los que habían recibido primer, segundo y tercer premio. Los de excelente recibían las loas más completas. A los que no recibían premio también

² Los libros eran apropiados para las edades de los premiados. Para los niños, eran literatura, obras de Emilio Salgari, Julio Verne, “obras de ese estilo, que desarrollan la imaginación”; para los más grandes, “obras más profundas, de mayor alcance en formación personal, de más espiritualidad”.

³ Los diplomas variaban en color y tamaño según el premio: blanco con dorado para el primer premio; rojo con blanco para el segundo y verde con azul para el tercero. Los premios de excelencia eran como de media cartulina, los de segundo y tercero eran tamaño carta.

se les exhortaba a mejorar. Después de los premios, venía un banquete de viandas, “de cosas muy sabrosas”. Al día siguiente era la nevada, preparada por el padre José Granados, que era el nevero oficial.

Pero yo creo que el premio era el ambiente y hacer sentir bien a los que ahí salíamos premiados. Y pues, el silencio para los que nomás estaban viendo y no habían sacado nada. Sin embargo, el ambiente festivo era para todos [J. Solís, comunicación personal, 17 de julio del 2022].

¿Cómo esas emociones del pasado son rememoradas y contadas en el presente? Recordar es volver a vivir. Pero no se vive de la misma manera, el tiempo sirve de mediación. Aun así, al activarse la memoria, las emociones afloran. Algunas de ellas son festivas, alegres, gratificantes, como cuando se recuerdan los juegos, las aventuras, la comida, las fiestas; otras no, son nostálgicas, de añoranza, tristes, como cuando se rememoran los accidentes, a los que ya no están en este mundo, lo que produjo dolor o sufrimiento. Entre los primeros, Jesús Solís recuerda el trayecto de su casa a la escuela en Huipulco. El recorrido suponía un espacio de libertad y de aventura, como un día que, al cruzar una milpa, se encontraron un colchón. Ese objeto sirvió para detonar la imaginación y jugar a que estaban en el espacio. Todo eso lo recordó lleno de emoción y entre risas. También recordó alegremente los recorridos que hacía con los compañeros del seminario cuando iban a El Pueblito atravesando milpas; o cuando iban a Santa María del Mexicano a pasar las vacaciones en comunidad. En esas ocasiones, al llegar a Colón pasaban a Soriano a dar gracias a la virgen. Luego se iban caminando hasta la finca y al llegar, después de acomodar sus cosas, salían a correr, jugar, nadar. Por las noches, durante la cena, se ofrecían a cantar una canción, recitar alguna poesía, hacer alguna lectura o escenificar alguna obra. Luego reflexiona en los múltiples peligros a los que se exponían, como aventarse al agua fría después de venir sudando, o irse al cerro de noche, alumbrados solo por la luz de la luna, pero recuerda todo eso con alegría.

Entre sus recuerdos también hubo momentos trágicos y tristes, por ejemplo, cuando en 1959 sufrieron un accidente automovilístico. Al pasar por Miranda, la camioneta se volcó. Hubo cuatro muertos. Dice Jesús que ese fue su segundo nacimiento.

Otras emociones son más difíciles de clasificar, como aquellas que producen desazón, o que no se pueden identificar con facilidad en tanto que no se sabe si son alegres o tristes, como cuando dice: “No sabía qué onda”.

Consideraciones finales

Recordar el pasado escolar es solo una parte de recordar la vida del sujeto. Para explicar los cambios de escuela Jesús Solís tiene que dar cuenta de su contexto social y familiar, de la migración de la familia del pueblo a la ciudad de México; de las relaciones de autoridad y poder que se tejían entre la familia, máxime cuando el hermano mayor

era sacerdote, de forma que podía tomar decisiones sobre la vida de hermanos y sobrinos; de los procesos de expansión urbana que estaba experimentando la ciudad de México en la década de los cuarentas y cincuentas, momento en el que le tocó atravesar la ciudad para ir a su escuela, y por supuesto, del papel de la educación en la formación personal y social, así como de las diferencias habidas entre diversas escuelas: rurales, urbanas, laicas y católicas.

La época que rememora Jesús Solís es un periodo de transición: por un lado podemos ver el peso que aún tenía la educación impartida en los seminarios conciliares como alternativa para la educación media y superior; por otro, vemos la pervivencia de rituales que tenían una larga data en la cultura escolar, como las ceremonias de premios al finalizar el curso.

En todo este proceso, con sus continuidades y contradicciones, las emociones ocuparon un lugar muy importante. Dentro de los márgenes de acción que le estaban permitidos a un niño, Jesús Solís pudo incidir en ciertas decisiones, como cuando decidió no volver a Querétaro o como cuando pidió ir a la Escuela Apostólica con tal de no ir a la escuela del padre Borja. En ambos casos, las emociones son una explicación consciente de la acción: en el primer caso, extraña a su familia; en el segundo, el miedo a los castigos le impulsa a buscar una alternativa.

Las lecciones aprendidas permitieron sacar provecho de ellas: pudo traducir esas lecciones en máximas de vida, forjó amistades y relaciones sociales que ha mantenido a lo largo de su existencia, siendo estas lecciones, espacios y personajes, referentes en su vida.

Referencias

- Chóliz, M. (2005). *Psicología de la emoción: el proceso emocional*. www.uv.es/=choliz
- Escolano Benito, A. (2018). *Emociones y educación. La construcción histórica de la educación emocional*. Visión Libros.
- Escolano Benito, A. (2022). La cultura de la escuela como campo intelectual. En A. Escolano Benito y E. L. Campos Alba (coords.), *Cultura escolar y patrimonio histórico educativo México-España* [vol. 5 colección *Historia de la Educación en México*] (pp. 19-45). Sociedad Mexicana de Historia de la Educación.
- De Garay, G. (1999). La entrevista de historia oral: ¿monólogo o conversación? *REDIE*, 1(1), 81-89. <https://www.redalyc.org/pdf/155/15501107.pdf>
- Salcedo, J. (1977). El concepto de espacio social. *Teorema: Revista Internacional de Filosofía*, 7(3/4), 257-275. <https://www.jstor.org/stable/43045955>
- Solís de la Torre, J. J. (2022, jul. 7, 10 y 17). Entrevista personal. Colón, Querétaro, México.

Cómo citar este artículo:

Solís Hernández, O. (2023). La escuela y sus emociones en la memoria de Jesús Solís de la Torre (1947-1958). *Anuario Mexicano de Historia de la Educación*, 3(2), 177-185, <https://doi.org/10.29351/amhe.v3i2.467>



Todos los contenidos de *Anuario Mexicano de Historia de la Educación* se publican bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No-Comercial 4.0 Internacional, y pueden ser usados gratuitamente para fines no comerciales, dando los créditos a los autores y a la revista, como lo establece la licencia.